una penalidad. Tal solo viene movido por la curiosidad y vuelve lleno de malas tentaciones, con el gérmen de un crímen que fermenta y no tardará á estallar. La manía de la imitacion produce mas criminales, que escarmientos causa el aparato de la ley y temor de los suplicios, y el tribunal es una escuela detestable de inmoralidad.

Tal es el primer plano, el plano del fondo, el auditorio: el pueblo (no profanemos nombre tan bello), el populacho está de pié en el patio, mientras que las damas ocupan los bancos reservados, y acuden para ver y ser vistas, llenas de adornos y prendidos, cubierta la cabeza con plumas y flores.

El tribunal criminal es á menudo la reunion de personas de alto copete, y en él distínguense los lores ingleses, los magnates húngaros, los boyardos rusos, atraidos por el apetito de curiosidad que produce el crímen.

Hay mas de un personage que atraviesa los mares borrascosos del norte, ó abandona la risueña Italia para disfrutar del horrible placer de ver sufrir á un desgraciado. Mugeres delicadas y sensuales que van á los baños á buscar distracciones á un temperamento gastado por los deleites mundanos, tuercen su camino para presenciar tales espectáculos; y esas señoras tan delicadas y melindrosas, para quienes la primavera no tenia suficientes colores, ni las flores bastante perfume, acuden á respirar con la nariz abierta, esa atmósfera pestilencial, esos hediondos miasmas de cementerio y de muerte. Desde su puesto escuchan con oido atento como cuecen y saltan las entrañas humanas sobre las brasas de un laboratorio (1), con el mismo aire y con el mismo paso con que van á la iglesia á dar gracias á Dios por haber permitido que una educacion pia y cristiana cultivase secretamente en sus corazones las semillas de las virtudes cristianas, y por haber esparcido en sus personas las gracias de la mayor sensibilidad.

¿En qué difiere una sala de tribunal de una sala de teatro? ¿No se dan allí representaciones contínuas para la buena sociedad, seguidas de desmayos y ataques de nervios? En ella se apuesta y se juega á la alta y la baja sobre la vida del acusado; y se forman votos impíos y criminales relativos á su absolucion ó suplicio. Hay apretones para entrar como en las puertas de los teatros. Para que la orquesta sea completa, faltan solo trombones

(1) En la causa criminal de madama Lafarge.

y cornetas, y mucho extraño que mas de un expectador impaciente no grite: ¡música! ¡música! Cada dia se vuelven mas exigentes: ya se quejan y murmuran de que el acusado baja los ojos, de que oculta sus angustias y palidez, y presenta á los curiosos, á esos bárbaros, de perfil y no de frente, esa cabeza que va á caer. Insisto en esto porque es un punto de alta moralidad.

IX. La muger del mundo no es esencialmente mala, pero sí la criatura mas curiosa de cuantas ha producido la creacion, con impresiones vivas, precipitadas, involuntarias y contínuas, viviendo y muriendo de agitaciones á cada paso, á cada minuto. Tiene un amante á causa de sus vapores, y vapores á causa de su amante; necesita sufrir para gozar mejor, y gozar pará mejor sufrir; nada hay que tema tanto como las horas arregladas, la somnolencia de la vida, la molicie del retiro, el fastidio de la soledad; y, sin parar un solo instante, está continuamente en busca, de dia, de noche, en el teatro, en el sermon, en el campo, en el baile, de todo lo que puede divertir, agitar, asolar, desordenar su pobre alma y su pobre cuerpo, multiplicándose en cada objeto que toca, arrojándose con todo su ser, con toda su vida, en cada sensacion nerviosa que experimenta, y parece que tal es el único objeto de su vida. Nada puede arredrarla, y desde que ha resuelto ver á una persona ó cosa, ello es seguro que cumplirá su deseo. Si su capricho hoy dia es ir al tribunal criminal, escribirá si es preciso repetidos billetes perfumados al presidente para lograr el favor de un sillon, de una silla, de un taburete. Desde que raya el alba se escurre de su abrigada cama, para ir á confundirse con las gentes apiñadas á la puerta del tribunal, expuesta, si es necesario, al viento cierzo, los piés en el lodo, envuelta en una mantilla y titiritando en todos sus miembros. Apenas se abre la puerta se desliza, se escurre y penetra bajo los gendarmes y porteros, se agarra y cuelga de los faldones de la casaca del alguacil, le habla al oido, le suplica con voz dulce, y no lo deja hasta hallarse colocada, con desahogo, con los gemelos en los ojos, y á poca distancia del acusado y sus jueces.

¡Como sigue paso á paso el drama viviente que se representa, y como procede, con palpitante pecho, de agitacion á agitacion! Si el criminal tiene una barba erizada y ojos torvos, encuentra al mirarlo el placer del miedo; si tiene las mejillas sonrosadas y rizado el cabello: ¡qué lindo mancebo! se dice á sí misma en voz baja, ¡qué lástima! Si los testigos acuden con los brazos caidos,

y recitan frases pretensiosas y alambicadas, oculta bajo su pañuelo la risa que á sus labios se asoma. Si el acusado solloza, llora igualmente por simpatía. Si se desmaya alguna jóven, corre, vuela, desata su corsé y le da á respirar sales. A menos que cruja el pretorio bajo la inmensa concurrencia, no dejará su puesto. Las horas pasan, la noche se avanza, los jurados deliberan, y ella aun aguarda, pues quiere fijar sus ojos en los del criminal, suspenderse á sus labios trémulos, saciar su alma con los terrores indefinidos de otra alma, quiere recoger, sobresalto por sobresalto, las convulsiones de esa conciencia carcomida de remordimientos; es necesario que oiga el campanillazo del último juicio, la sentencia de muerte, y el resuello agonizante del reo cuya figura se descompone y cuya vida interior se rompe en pedazos mil. ¡Como se inclina y presta el oido á sus gritos sofocados! ¡Como lo sigue con tenaz mirada hasta que las puertas de un calabozo lo vuelven á encerrar juntamente con su esperanza! Entonces se deja caer en su silla, anonadada, absorta en la contemplacion de su drama; y el portero del servicio se ve obligado á decirle que la sala está desocupada y aun á empujarla por las espaldas. Sale por fin, arrástrase por los lóbregos corredores del tribunal, y vuelvé á su casa, rendida de fatiga, contraidos los nervios, deshecha el alma en llanto, y se acuesta sin pensar que su anciano padre aun no ha comido, y que su hija desde por la mañana se inquieta y la llama. Con las cortinas de su alcoba cerradas, se enciende de nuevo su imaginacion, se estremece, vuela de nuevo á la audiencia, aparta y rechaza con su mano el condenado que le trae su cabeza; cree ver la cárcel, las cadenas de hierro, los jueces, el acusador, el verdugo y sus ayudantes, el cesto lleno de sangre y de carnes palpitantes, y finalmente lanza un grito de horror. ¡Digna mujer!

¿De qué sirven esos prendidos de oro, esas flores, esas gasas, esas plumas ligeras, en medio del lúgubre aparato de un tribunal de justicia? ¿Acaso se trata de una pieza dramática? ¿Por ventura es el pretorio un teatro? Al aspecto de ese cuadro tan curioso y brillante, ¿no es de temer que se turbe el acusado cubierto con el hábito grosero de la cárcel, ó que se corte y pierda la memoria un testigo, ó que algun jurado se preocupe mas de la agitacion de una muger linda que de las angustias del reo?

Si me cupiese el honor de ser presidente del tribunal, no admitiria en su recinto mas que á los parientes del acusado, y diria á las damas: « Señoras, tanto sentadas como de pié, escuchad lo « que voy á decirles. Vms. vayan á hacer calcetas para sus hijos, « ó á componer el trage de sus hijas; Vms., vayan á tener cui- « dado de que no se queme su asado; Vms., que la casa esté bien « limpia; Vms., á cuidar que no falte aceite en la lámpara, ni sal « en la sopa; Vms., á desplegar en el teatro el abanico de las co- « quetas consumadas; Vms., á cantar ó á bailar; vayan Vms. to- « das, amabilísimas señoras, que nada tiene que ver la justicia « con las gracias, y los tribunales no son el debido puesto de la « mas bella mitad del género humano.

« Porteros ejecuten Vms. mis órdenes. »

Tal es lo que yo diria, y que no creo desaprobasen las personas honradas y sensatas.

X. Poco provecho y escasa gloria encuentra el abogado de las causas criminales; pero ¡la tribuna! eso es muy diferente, la tribuna es todo honor, todo beneficio. Así para encaramarse y sostenerse en ella son necesarios mil esfuerzos de piés y manos.

En nuestro país han reinado sucesivamente los cortesanos, cardenales, favoritas, militares y abogados. Estos últimos caminan con mayor rapidez que los demás. En otro tiempo los cortesanos y cardenales llegaban á pasos lentos y por sendas tortuosas y subterráneas; no bastaba una mirada á las favoritas para alzarse con el mando y corazon del monarca, y los militares ganaban sus grados con la punta de la espada y al son del tambor.

Pero la fortuna de los abogados de nuestros dias es increible. Al abrirse la campaña, y casi sin haber disparado un fusil, un abogado se pone charreteras; en una sola batalla de sargento llega á ser mariscal de campo, sale de las filas y manda. ¡Atencion! ¡como habla! ¡qué bien dice! Se le nombra diputado. Apenas se reune la Cámara, se pone á charlar de nuevo, y muy bien. Se le nombra procurador general. Pero ¡qué pico tiene! Pasa á ser ministro. Y todo esto tal vez en menos tiempo que el que yo gasto en escribirlo.

Pero preguntará mas de un lector ¿acaso ese hombre extraordinario ha estudiado profundamente el derecho, la filosofía, la política, sondeado los abismos mas profundos del corazon humano, explorado la historia, manejado los negocios? ¿Qué podré responder yo? Lo cierto es que habla. Y no insista el lector si no quiere que le repita siempre lo mismo.

El abogado sostiene en la tribuna toda clase de tesis, y disputa

sobre todo género de materias : ferro-carriles, guerra, marina, escultura, pintura, arquitectura, agricultura, música, danza, moral, cultos, presupuestos, negocios extrangeros. Su ciencia es reciente pero completa, ciencia que le permite navegar con destreza por entre los escollos, orientarse siempre del lado del ministerio, y plantar su birrete en la tribuna, como los navegantes que colocan postes en las riberas con esta inscripcion : Esto es mio.

Ducho en los ardides de la curia, se escurre por entre las estrechas redes del razonamiento, y á los duros golpes de ariete, opone el blando vellon de su defensa, huyendo de rodeo en rodeo, hasta refugiarse, como en un lugar inexpugnable, tras un monton de frases estancadas.

Apenas baja del coche, pregunta el abogado : ¿Qué hay? ¿De qué se trata? — Se habla de azucar. — Pues bien, hablaré de azucar. — No, se trata del Oriente. — Vaya por el Oriente. — Me equívoco, se delibera sobre los ferro-carriles. — ¿Y qué me importa el azucar, Oriente ó ferro-carriles? ¿Acaso no me hallo yo en estado de hablar de todo? — Pero ni aun siquiera ha cambiado Vm. de levita. — Es verdad, voy al vestiario. — ¿Y el juramento? — Es cierto, lo habia olvidado. ¡Dios mio! Cuantos trabajos cuesta en este país el vestirse, jurar y hablar.

Nótese que no hay todavía seis semanas que nuestro abogado recibia en su gabinete lleno de polvo á los campesinos con zuecos, y alargaba cordialmente la mano á todos los porteros del canton y á sus camaradas; actualmente, ministro de la justicia por la gracia de Dios y del parlamento, y con un tren de criados, carruage, palco en la ópera, y demás requisitos, da audiencia á los primeros presidentes que se agrupan en sus antesalas, ostenta noblemente el trage de ceremonia, y se sienta con ostentacion en el sillon del canciller L'Hospital. O bien ministro de la marina envia al Mediterráneo ó al Océano, velas y torbellinos de vapor. O bien ministro del comercio preside á la agricultura y reglamenta la industria. O bien ministro del interior, maniobra en la policía y en los fondos secretos. No reina sino gobierna, mientras que su muger, civilizada de rústica que era, se manifiesta cubierta de rica pedrería; da la mano á las princesas, y se digna dar audiencia por las mañanas, ligeramente vestida, á la aristocracía de su lugar en trage dominguero.

CAPITULO V.

DE LA ELOCUENCIA DELIBERATIVA.

En las democracias reducidas, se agita la elocuencia en las plazas públicas; en los estados constitucionales reside en la tribuna, en las monarquías templadas delibera con el príncipe.

Allí mas fogosa, aquí mas grave; allí su frialdad seria capaz de helar los ánimos, aquí su vehemencia seria estorbo á la deliberacion; allí vive de agitaciones y figuras, aquí habla el lenguage de los negocios; allí pide á la publicidad su movimiento, aquí deriva del secreto su fuerza y prudencia; allí se mezcla á la accion del gobierno, aquí á la teoría de las leyes; allí dirige las pasiones de la multitud, aquí el poder de uno solo.

Así el fuego sagrado de la elocuencia nunca se apaga, y cuando cesa de brillar á los ojos del pueblo, queda guardado bajo las cenizas de otro hogar.

Impaciente del yugo revolucionario y de las licencias del foro, Bonaparte quiso empuñar á la vez el doble cetro de la guerra y la palabra, sin mas tribuna que su sillon de consul, sin mas publicidad que la de sus leyes y decretos, sin mas prensa que la oficial, sin mas eco que el de su propia voz.

Envió al senado los gloriosos veteranos de nuestros ejércitos, menos para consagrar la preeminencia de la espada en un gobierno militar, que para asegurarse sufragios mas dóciles, pues bien le constaba que el hábito de la obedencia pasiva del mando, dispone la gente de guerra á ser severos para con sus inferiores y serviles para con los superiores.

En consecuencia cosió y encerró en trages resplandecientes de oro á los mudos de su divan legislativo, y apriscó en el Tribunado lo que quedaba de esos revoltosos miembros de la Convencion cuyos fragmentos aun agitábanse palpitantes y que aplastar debia el pié del emperador.